

—Déjame solo, hija mia; despues te diré quién ha sido: y sea cual fuere el golpe que nos espera, recibámosle con serenidad.

La jóven no contestó: estrechó afligida la mano de su amado padre: recibió un beso de éste en la frente, y marchó á su cuarto, presintiendo una nueva desgracia.

Don Andrés, á quien nada podia sorprender ya, por la razon de que esperaba de un momento á otro la orden de abandonar el país, se preparó á recibir á la persona que le buscaba, procurando dar á su semblante aquel aire de tranquilidad que acompaña al verdadero valor cuando va unido á la inocencia.

La puerta de la sala volvió á abrirse en aquel momento, y se presentó un hombre desconocido para D. Andrés.

Quién era aquel hombre y cuál la mision que llevaba, lo dirémos despues de ocupar nos de otros personajes que nos esperan.

CAPITULO XIII.

Quien bien te quiere te hará llorar.

Estamos en el gabinete de Miguel. Un sofá y algunas sillas; una mesa con recado de escribir; un estante fino de caoba con obras escogidas, y cuatro retratos de cuerpo entero, uno del cura Hidalgo que dió el grito de independenciam en 1810; otro de Iturbide que la llevó á cabo en 1821; el tercero de Bolívar, y el cuarto suyo, formaban el adorno de aquella pieza. Bajo el último retrato se descubria una puerta, velada por cortinas de damasco azul, que conducian á su alcoba.

En este gabinete sencillo, pero decente, se encontraban dos hombres que, á juzgar por la franqueza y aprecio que se dispensa-

ban mutuamente, debemos creer que eran dos íntimos amigos. En los modales de ambos resalta la educación, agente el más poderoso para cultivar con provecho la amistad íntima y durable.

—Sí, amigo mío:—decía Enrique á Miguel, pues estas eran las dos personas que se encontraban en el gabinete—deja de hacer esta noche tu cuarto de centinela bajo el arco del acueducto, y acómpañame á descubrir el secreto que existe en esas nocturnas y misteriosas salidas de Fernando.

—No te puedo complacer, Enrique.

—¿Por qué?

—Por motivos poderosos que no se pueden ocultar á tu despejada comprensión.

—¿Temes que el gobierno trate de prenderte porque has combatido en el bando opuesto?

—Nada de eso: hemos dejado las armas con la garantía de que nadie nos molestará por nuestra opinion, y estoy seguro de que el partido que blasona de liberal, sabe respetar sus tratados y cumplir con sus compromisos.

—Entonces, ¿cuál es el motivo que te impide seguirme?

—Tú sabes, amigo mío, que debí unirme á tu hermana—dijo Miguel con acento triste, y expresando en su fisonomía lo mucho que padecía al hablar de la mujer que idolatraba:—sabes aún más; sabes que la amo con el respeto que me inspiran sus virtudes, con la pureza más íntima, como se ama á un sér que divinizamos, y cuya tranquilidad jamás trataré de turbar, como estás bien persuadido de ello, tú que conoces muy á fondo mis honrados sentimientos.

—Si no los conociera, Miguel, tiempo ha que te hubiera suplicado desistieses de tu empeño en acudir todas las noches al arco del acueducto; pero como estoy persuadido de que nunca harás traición á la virtud y á la amistad, no he creído que debía exigir de tí tal sacrificio, cuando á nadie ofendes, y cifras en ello tu felicidad.

—Me favoreces con la buena opinion que tienes formada de mí.

—Te hago justicia.

—¡Gracias, amigo mío! Por Luisa y por

tú hubiera sido yo el mas venturoso de los hombres; pero tu padre se opuso á nuestra union, y todo acabó para mí, excepto esta invencible tristeza que se ha entronizado en mi corazon.

Y Miguel inclinó la cabeza en la mano izquierda cuyo codo apoyaba en uno de los brazos del sofá.

—Yo buscaba el bien y la felicidad de mi querida hermana, el que amo mas que la mia.

—Esto te deberá persuadir de lo mucho que me costará no poderte servir en lo que solicitas. Pero me veo obligado á ello, porque no quiero que algun dia llegue á oidos de Fernando este paso, y sospeche que lo he dado de acuerdo y por insinuacion de su esposa.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que me dicta mi razon y mi conciencia.

—Tu razon han trastornado los amores, y tu conciencia es en extremo escrupulosa y asustadiza.

—Pues el mal es ya muy viejo y está de-

masiado arraigado para lograr que desaparezca en un instante.

—Y estoy seguro de que desaparecerá.

—Es casi imposible.

—Hay una medicina muy eficaz que producirá los efectos que me he propuesto.

—¿Cuál es esa medicina?

—Tu amistad que me garantiza tu cooperacion.

—Y si Fernando descubriese....

—Pero, ¿cómo lo ha de llegar á saber? ¿Se lo iré á decir yo? se lo dirá Luisa, que ignora todo?

—¿Por qué no te vales de otro amigo en quien no concurren las circunstancias que concurren en mí?

—Porque no tengo mas amigos que tú en el mundo, ni á nadie, sino á tí, podria confiar un secreto que toca á la vida privada de mi querida hermana.

Miguel estrechó la mano de su amigo, agradecido á la distincion con que le miraba: conoció que, en efecto, habia asuntos que no debian salir del círculo estrecho y leal de la verdadera amistad, y no encontró

razones que oponer á aquella advertencia que le parecia basada en la justicia.

—¿Qué respondes—añadió Enrique viendo que su amigo titubeaba, y seguro ya del triunfo.—¿Te negarás á acompañarme?

Miguel resistió aún: le hizo conocer las terribles consecuencias que podrian sobrevenir sobre su hermana: le pintó, con los mas fuertes colores, la amarga vida que le esperaba, si por desgracia llegaba Fernando á saber que, quien un tiempo mereció el amor de su esposa, le seguía ahora sus pasos: añadió que le ahorrara el remordimiento de ser la causa inocente de la desgracia de la mujer que amaba; y por último le manifestó el temor de atraerse el odio y el desprecio del único sér que habia hecho la tir de amor su corazón; odio y desprecio que no podria resistir y que le causarían la muerte.

Pero todo fué en vano. Enrique insistió de nuevo, y Miguel se vió precisado, bien á su pesar, á condescender con el deseo de su verdadero amigo.

—Bien; puesto que tanto interes tienes

en ello, te acompañaré, Enrique. Dispon el día y la hora y cuenta conmigo para todo.

—No esperaba otra cosa de tí.

—¿Cuándo resuelves que sea?

—Dentro de diez días, en que ya la ciudad habrá vuelto á su estado de seguridad.

—Has ido á elegir precisamente un día malísimo para mí.

—¿Por qué?

—Porque mi familia y yo estamos convidados para un día de campo en el bosque de Chapultepec.

—¿Y no estarás libre á las ocho de la noche?

—Sí.

—Pues entonces no se opone lo uno á lo otro.

—Tienes razon.

—Te paseas de día, y en la noche vengo por tí.

—Corriente.

—¿Y va tambien á ese día de campo tu simpática prima Maria?

—Indispensablemente; y tú tambien, si

es que no quieres desairarme, pues quedas convidado desde este momento.

—Vas tú, y esto basta para que yo no rehuse tu obsequio.

—¿Y no tiene alguna parte en tu coudendencia el saber que nos acompaña María?

—No trato de negarlo: tu prima es una de las jóvenes mas recomendables y hermosas, á quienes es imposible verla sin amarla.

—Y á quien habrás dicho mil veces esas mismas palabras.

—Nunca.

—¿De veras?

—Te lo aseguro bajo mi fé de amigo.

—¿Y por qué?

—Me infunde tal respeto aquel rostro celestial, que enmudezco á su lado, temiendo disgustarla con una declaracion.

—¿Disgustarla! . . .

—Te lo juro.

—Nunca se disgusta una mujer por oír que la dicen hermosa, y verse amada de un rendido de sus gracias.

—Será así, pero yo no puedo vencer mi natural timidez: amor y atrevimiento me parecen cosas incompatibles: el que de veras ama, se cree tan inferior al objeto amado, rodea á éste de tal pureza, de tal espiritualismo, teme tanto no alcanzar el bien supremo de poseerlo, que el mismo deseo de conseguir la alta felicidad que anhela, pone trabas á su lengua, modestia en sus ojos, y respeto en su corazon. Mas con nuestra agradable charla me habia olvidado de que me espera á comer Luisa.

Al oír este nombre, sintió Miguel una sensacion violenta que le cortó la respiracion. Hay palabras magnéticas, cuyo sonido causa el efecto de un golpe eléctrico. Pero esas sensaciones, por lo mismo que son violentas y terribles, pasan rápidas como el relámpago, pues á durar mas tiempo, el corazon no podria resistirlas sin sentirse despedazado. Miguel, pasado el primer instante de estremecimiento, que reanimó instantáneamente su existencia, volvió á quedar triste y abatido, abrumado por sus pasados ensueños de ventura. Enrique comprendió

lo que pasaba en el pecho de su amigo, y añadió:

—¿Te has puesto triste?... Vamos, eres un niño que no tiene fuerza, ni valor, ni voluntad, para hacerse superior al destino.

—Sí, tienes razón, soy un niño:—dijo Miguel con profunda amargura:—un niño que solo sueña con el objeto que ha impresionado su alma; un niño que no hace mas que llorar cuando le arrebatan todo cuanto constituía su felicidad, la ilusión y el encanto de su sencillito corazón, un loco á quien preocupa siempre un mismo pensamiento, y que no puede desecharlo jamás; que lo lleva por todas partes, que le acompaña tenaz en el bullicio de las ciudades, en la soledad de los campos, en las calles, en el retiro de su encierro, en sus sueños siempre rápidos á inquietos?...

—Sueña, pues, amigo mío, ya que soñando gozas; ama, ya que el amor es la fecundante sávia que esparce por todas tus venas el gérmen de la vida: continúa en tus nocturnas visitas al arco del acueducto: contempla desde allí al objeto de tu amor, co-

mo el triste amante vé desde la playa perderse en el horizonte el velero bagel que lleva á lejanos climas el dulce bien que ido latraba: conozco tu virtud, y nada temo: tu amistad es la mejor garantía para mí, de que nunca tarbarás la tranquilidad de la mujer que debió ser tuya.

—No burlaré tu confianza.

—Adios, querido amigo.

—Adios, Enrique.

Miguel acompañó á su amigo hasta la puerta del gabinete: allí se estrecharon la mano, y Enrique se dirigió á la calle.

Miguel, en cuanto se alejó el hermano de la mujer que amaba, se dejó caer abatido en el sofá, cruzando los brazos y fijando la vista en el suelo. Así permaneció un gran rato, como avergonzado de sí mismo, pues se juzgaba indigno del título de amigo que le acababa de dar Enrique, cuando él había faltado á su deber traspasando los límites del honor, arrojando á la hermosa Luisa el papel que podía comprometer su tranquilidad, y que el lector conoce ya.

—Yo no soy mas que un vill...—ex-

clamó despues cerrando los puños y apretando los dientes: —un vil que abusa de la confianza de un tierno amigo... Pero, ¿no tiene disculpa mi imprudente proceder?... ¿No juré no olvidarla jamas?

Y como si la lucha interior que sostenia le obligase á cambiar de actitud á cada instante, inclinó el cuerpo hácia adelante, apoyó los codos sobre las rodillas, ocultó el rostro entre las manos, y exhaló un profundo suspiro que fué á confundirse con el leve ruido de la puerta del gabinete que, en aquel momento, se abria suavemente.

El bello contorno de una mujer de quince abriles, de hechiceras formas, envuelta en una vestidura de elegante corte, apareció en el dintel, separando con su blanca y delicada mano la flotante cortina que velaba la entrada. Su rostro, hermoso como la esperanza que sonrie al desgraciado, participaba de esa mezcla suave, de ese agradable colorido que resulta del amalgama del blanco, ocre y bermellon, que tanto realza los divinos semblantes de las vírgenes de Rafael; ese delicado tinte moreno, lleno de

atractivo, lleno de expresion y de vida, cuyos hechizos hacian irresistibles unos bellísimos ojos negros velados por sedosas y prolongadas pestañas: en su poética y seductora cabeza, se recogia, en gracioso peinado, su luenga cabellera de ébano, brillante y lustrosa como el raso negro, abundante y fina como la seda, ondulosa y suave como un lago rizado por las auras: su ebúrnea y torneada garganta, airosa como la del cisne ostentaba esa tersidad que admiramos en las Vénus de blanco mármol, debidas al diestro cincel de los grandes escultores griegos: su lindo pié, calzado por un zapato de cuatro puntos, dejaba ver su elevado empeine, asomando apenas por el flotante vestido de cándido linon que realzaba las seductoras formas de su esbelto y flexible cuerpo: un finísimo rebozo (1) de *Santa Ma-*

(1) Especie de chal de seda torcida, de caprichosos colores con que se embozan las mujeres: sus precios varían mucho: los de *Santa María* valían cincuenta duros; pero los hay de otros puntos que valen hasta doce duros: la gente pobre en vez de seda gasta de algodón: las señoras usan el rebozo dentro de casa ó en el campo; pero la gente del pueblo lo lleva siempre, y con suma gracia.

ria, de exquisita seda, matizado de brillantes y variados colores, descansaba sobre sus divinos hombros y cubria su turgente y elevado seno, pero sin ocultar su estrecha y mórbida cintura, flexible como el ligero mimbre de los rios. Aquella seductora joven, quieta en el dintel de la puerta, y separando con sus blancas manos la tela flotante que velaba la entrada, parecia el ángel de la luz recorriendo las vaporosas cortinas del Oriente al asomar la aurora. Su bello conjunto hubiera inspirado un excelente cuadro á un célebre pintor, ó un cuento fantástico lleno de mística poesía á nuestro fecundo y elegante poeta Zorrilla. Era una mujer perfecta que reunia la gracia á la hermosura; un verdadero tipo mexicano de irresistible atractivo, lleno de sensibilidad, de dulzura y de candor.

El primer objeto que se presentó á la vista de esta interesante joven al asomar su apacible rostro por entre las cortinas de la entreabierta puerta, fué Miguel que permanecía aún quieto, con los codos sobre las rodillas y oculto el semblante entre sus ma-

nos. Al verle en aquella actitud meditabunda, se quedó inmóvil, asomó á su fisonomía el grato tinte de la compasion, veló sus negros ojos una sombra de ternura, abrió tristemente sus virginales labios, frescos y nacarados como la rosa bañada por el suave rocío, y pronunció con una voz leve y armoniosa como las auras que halagan el cáliz de las flores, estas breves palabras que encerraban un poema de afectos tiernos, de sentimientos íntimos, de interes y de cariño.

—¡Siempre solo y triste!.... ¡Pobre Miguel!....

Y permaneció contemplándole, con la religiosa pureza con que la bellissima Diana bajaba á contemplar todas las noches el bello rostro de su adorado Edimion, mientras dormia en la risueña gruta. Luego, temiendo interrumpir el misterioso silencio que en la pieza reinaba, trató de retroceder sin que aquel hombre, cuyo dolor respetaba, llegase á notar que le habian sorprendido en sus melancólicas y profundas meditaciones; pero aquella resolución, á juzgar por la tristeza que se operó en el semblante de la jó-

ven al lanzar la última mirada sobre Miguel, exigía un sacrificio superior á las fuerzas de su sensible alma. Una fuerza oculta la detenía en aquel sitio: parecía que su alma impresionable, se encontraba subyugada en aquel momento por esa influencia magnética que ejercen sobre nosotros algunos seres, sin que nos podamos explicar sus causas.

Esta irresolución, dió lugar á que Miguel, saliendo de su éxtasis, dirijiese, triste y maquinalmente, la vista hácia el sitio en que permanecía la jóven. Al verla, no pudo contener una exclamacion de sorpresa, á la cual sucedió, en el acto, una mirada de ternura y de deferencia que daban á conocer bien claramente, que la presencia de aquel ángel no le inspiraba recelo ni desconfianza. La jóven correspondió á la mirada de Miguel con otra mirada indefinible, en que se pintaban á la vez, la ternura mas profunda, el interes mas vivo, la satisfaccion, el cariño, la compasion, el amor sin término.

—¿Eres tú, María?

Dijo Miguel con agradable acento, son-

riendo con una grata melancolia, que daba á su semblante una expresion cautivadora.

—Sí;—contestó con timidez y turbacion la jóven.—Tu prima que tantos favores debe á toda tu familia, y que, como te vé padecer de algun tiempo á esta parte, padece tambien.

Habia tal ternura y tanta verdad en las palabras de María, que Miguel se sintió conmovido dulcemente, y señalando un lugar en el sofá, contestó:

—Siéntate, María; siéntate á mi lado.

La hermosa jóven dejó caer las vistosas cortinas, y se adelantó aérea, magestuosa y gentil, hácia el sitio que le señalaba su primo. Al cruzar sin ruido el corto espacio por la alfombrada estancia, sosteniendo en su nevado y poético cuello su graciosa y seductora cabeza, envuelto su flexible talle en aquella vestidura cándida y flotante, parecía un blanco cisne de Inglaterra deslizándose por la serena superficie de un dormido estanque.

María se acercó al sofá, y se sentó en el lugar que su primo le señalaba.